



A M A L I A   A V I A

LA CASA DE AMALIA AVIA

Mi casa está levantada sobre los escombros del que fuera su anterior estudio y su actual estudio está instalado en lo que era mi habitación de la infancia. Hicimos un trueque y salí ganando. Realmente salí ganando desde el momento en que me inscribieron en el registro como hijo de Amalia Avia y Lucio Muñoz. Crecer y vivir entre artistas es excitante. Realmente tiene todo ese encanto “bohemio” que la propia palabra desprende. Hueles a aguarrás desde que te levantas hasta que te acuestas, oyes martillazos de madrugada durante todos los días del año, te acarician manos maternas pringadas de óleo, desayunas con Purcell, te duchas con Tapiés, comes con Thomas Bernhard, ayudas a tu madre a quemar el cuadro para oscurecer los tonos, meriendas con Antonio López y no veas cómo presumes en el colegio de ser hijo de célebres pintores. Un lujo.

Desde mi habitación a su estudio, desde la cocina a su dormitorio, la casa siempre fue mucho más que un museo, todo un ejemplo vivo del poder “contaminante” de la cultura. Ayer se quedó vacía. Sin nadie que lea sus libros, mire sus cuadros, escuche sus discos u oiga sus voces. Las voces de toda una generación del arte y la cultura del siglo XX, que acudían con asiduidad a las llamadas de Lucio y Amalia, a sus tertulias o simplemente a degustar el pisto que, como buena manchega, siempre preparaba (por supuesto, sin cebolla).

Tampoco se oye la vieja Olimpia que Amalia aporreaba para escribir sus memorias. Lo hacía con fuerza, con rabia, porque en cada tecla se estaba desprendiendo de mucho dolor almacenado durante años. Y sus lectores se sorprendían, como lo hacíamos nosotros, de ver cómo un ser humano era capaz de transformar el drama de perder a un

padre y a dos hermanos y las miserias de la guerra y su mezquina posguerra, en tanta cordura y sensibilidad. Tenía mucho que contar y otro tanto que se calló porque consideró que sin Lucio, esos recuerdos ya no le pertenecían. Hace tiempo que dijo que se quería ir con él, pero no lo hizo, aguantó estos trece años con una enorme tristeza camuflada por esa fortaleza física que ha mantenido hasta el último momento. "Sin Lucio, seguiré viviendo pero ya no será mi vida, será otra cosa"-dijo-.

Y la silla de su estudio ha dejado de chirriar. Tantos años y no fuimos nadie capaz de echar aceite a las ruedecitas. Ya no va hacia atrás para medir con la vista y el pincel, adelante para acabar el detalle del balcón, a un lado para mirar alguna foto del portal más desconchado de la ciudad y a otro lado para subir el volumen de la Niña de los Peines o Manolo Caracol. El estudio sigue igual, con sus antigüedades; con su maqueta de la puerta de Alcalá como sello de la más madrileña de las pintoras, a pesar de ser de Santa Cruz de la Zarza; rodeada de libros (al fin y al cabo nació el 23 de abril, día del libro) y con sendos carteles en la pared de sus admirados Rothko y Hopper. Ese es el encanto de esta casa, el controvertido magnetismo entre abstracción y realismo, el choque de estudios, de estilos, de esposos... Tan distintos y tan parecidos. No sé si Amalia Avia era un referente o no del realismo como dicen hoy las noticias. Quizás era más bien una víctima, como todos los realistas, del escaso reconocimiento y glamour de la pintura figurativa frente a la abstracción. Una tendencia sólo rota por ese buque insignia que ha encabezado a toda la generación, llamado Antonio López. Cuántas veces hemos oído aquello de "qué gran pintor es tú padre, eso sí, a mí la que me gusta es tu madre porque yo no entiendo de arte"... Como si apreciar el realismo significase estar fuera de onda.

Dijo Camilo José Cela que Amalia era “pintora de ausencias” y así, como sus cuadros, se queda su casa, llena de ausencia. Aunque su otro legado en sus 80 años de vida, su familia, seguirá siempre agradecida y empapada de esa mágica atmósfera generada por dos personas maravillosas.

Eso sí, su simpatía, su alegría, sus despistes, sus genialidades, su cariño y su risa seguirán siempre aquí. Que sería de esta casa sin la risa de Amalia... Puedo oírla.

11 DE ABRIL DE 2011

Los que conocisteis a mi madre sabéis que no le gustaban las despedidas. En realidad, lo que no le gustaban eran las separaciones. Recuerdo que lloraba cuando uno de nosotros se iba de viaje, aunque fuera un fin de semana. El día en que Nicolás, con doce años, se marchó por un mes a Inglaterra, su desconsuelo era tan grande que yo, con siete años, imaginaba que aquella era una de las peores desgracias que podían ocurrirle a una madre. En realidad, mi madre estaba a punto de llorar casi cada mañana porque nos íbamos al colegio. Nada celebraba más que las vacaciones escolares, nada lamentaba más que el comienzo de curso. Los anuncios de vuelta al cole le irritaban profundamente y le amargaban la mitad del verano.

Quería mucho a las personas que quería. Era generosa y entregada en su amor a mi padre y a nosotros. De hecho, nos mimaba, quería que fuéramos eternamente niños y que viviéramos siempre con ella. Nos educó a fuerza de cariño, ignorando los consejos pedagógicos de profesores o psicólogos, que siempre iban en contra de su instinto proteccionista. Y cuando el pudor de los Muñoz levantaba barreras, ella recurría al humor e incluso a las argucias. Por ejemplo, nos compraba besos. Te daba cinco duros por un beso. Si aceptabas, estabas perdido. Te sujetaba por el cuello y te daba una de esas interminables ráfagas de besos de las que era tan difícil escapar. Y si te cruzabas con ella por el pasillo, lo normal era escuchar una retahíla del tipo: “cielo, tesoro, sol, precioso —aquí empezaba a gritar y a

acelerarse—, ¡guapo!, ¡rico!, ¡más que rico!, ¡que eres un cielo!, ¡¡cuánto te quiero!!”

Tuvo una mala relación con el tiempo, porque el tiempo siempre se le iba, porque las cosas se acaban, porque la vida está llena de despedidas. Que nuestra infancia durara tan poco —según ella—, que las exposiciones sólo estuvieran abiertas un mes o que las buenas canciones terminaran casi antes de empezar, todo ello era motivo de sus protestas. No solían gustarle los refranes, pero seguramente ninguno le molestaba más que el consabido: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno”. Ella misma era tan vital, tan alegre, tenía tal capacidad de ilusionarse con las cosas y de disfrutar con ellas, que no aceptaba que nada ni nadie le llegara “con la rebaja”, como decía ella. Por motivos similares, el momento del atardecer le causó siempre muchos problemas: lamentaba diariamente que el día se acabara.

Disfrutaba de las cosas, sí, y lo hacía con enorme sencillez, sin pretensiones, sin poses. Todo era natural y honesto en ella. Nunca le importó reconocer sus gustos, aunque no fueran a la moda, aunque no se correspondieran con lo que se esperaba de su supuesta posición estética, ideológica o profesional. Reconocía que la ópera no le gustaba, y que en cambio se le ponían los pelos de punta con Concha Piquer o la Niña de los Peines, aunque también se le ponían con Bach o Haendel, o con su amigo Cristóbal Halffter. Además era exagerada y vehemente en sus sentimientos y en sus opiniones. Goya y Rothko le gustaban hasta gritar, las imitaciones de su amigo Capi o los comentarios de su amiga Palancha le hacían reír hasta llorar, y pensar en alguna comida que le desagradaba provocaba una de sus expresiones más características: “se me abren las carnes de solo pensarlo”.



Por supuesto su risa y su sentido del humor han sido los más recordados en estos días. Recordamos las cenas de mis padres con otros artistas y amigos en casa, y esas carcajadas únicas de mi madre, tan sanas, frescas y explosivas, que llegaban hasta nuestra habitación, y ya con la luz apagada se convertían en el mejor escenario imaginable para empezar a dormir.

Tenía una memoria prodigiosa. Se acordaba siempre de los nombres de los conocidos, de los nombres de los hijos de los conocidos, de los nombres de los padres de los conocidos y de las fechas de nacimiento de todos ellos. También solía saber si la gente quería más a su padre o a su madre, más que nada porque siempre lo preguntaba. En cambio, de nuestros nombres se acordaba peor. Por ejemplo, si me pedía a mí que cerrara la ventana decía: “Anda, cierra la ventana Dieguito, Kosus, Chupi... ¡como te llames!”, y estallaba a reír.

A la vez, tenía cierta forma de despiste, al menos para aquello que no le interesaba. Nunca se acordaba de dónde había aparcado el coche. Siempre llevaba el bolso abierto, y el monedero también, y los billetes desperdigados por el bolso. Pero sentía que con su despiste no le hacía daño a nadie. De hecho, le molestaba que trataran de enderezarla: “señora, lleva el bolso abierto”; “señora, se ha pillado el abrigo con la puerta del coche”; “señora, se deja la compra”; “señora, tiene la puerta de casa abierta de par en par”.

Perdía muchas cosas. Decía que la mitad de su vida consistía en buscar cosas que había perdido. Además, no quería abusar de San Antón, y sólo recurría a los efectivos tres Padrenuestros cuando la situación era crítica. Parece que la estoy oyendo: “Anda, rézale una Padrenuestro a San Antón, que no encuentro mis gafas”.

Era muy buena cocinera, creativa y poco convencional. Emulaba la cocina de otros países y conseguía sabores que en ningún otro lado podíamos degustar. Y amaba mucho las plantas, sobre todo las flores. En concreto, es imposible no relacionarla con los geranios. Los geranios eran un curioso lugar de ensimismamiento para ella. Es otra de las imágenes inolvidables, la de mi madre arrancando las flores secas a un geranio. No importaba adónde se dirigiera —al estudio, al comedor, a la calle— siempre encontraba algún tiesto en el que demorarse. Mi padre lo sabía bien y había aprendido a tomárselo con paciencia: aunque fueran a coger un tren, aunque el taxi estuviera esperando ya en la puerta con las maletas, mi madre, antes de salir de casa, veía atrapada su vista por alguna reseca y quebradiza flor de geranio, y la arrancaba, y luego otra, y todas juntas apretadas en su mano las lanzaba al suelo antes de entrar al taxi. Fin del ensimismamiento.

Le interesaba la vida de los demás. Le atraía, habría dado cualquier cosa por poder entrar en la casa de cada una de las personas que se cruzaba en la calle. Le interesaba la realidad, no tanto la ficción que otros imaginaban. Por eso leía pocas novelas y muchos libros de memorias y biografías. Y por eso su pintura no podía reflejar otra cosa que la realidad, una realidad marcada por la huella humana. Cada cuadro que pintó mi madre es como un libro de memorias ajenas. En cada puerta, en cada fachada, estaba adherida la vida, y mi madre se sentía llamada tanto por lo que revelaban como por lo que escondían esos lugares. En todos ellos encontraba algo que también podía encontrar en ella misma, y que nunca supo comprender del todo: algo, una incógnita, el único motivo por el que siempre necesitó pintar, el único motivo por el que también necesitó escribir su vida.

El realismo no sólo estaba en su pintura. Era su manera de estar en el mundo. Rechazaba lo fantástico, lo alegórico, lo recargado o lo teatral. Rechazaba los disfraces, el carnaval, lo oriental, el exotismo, la ópera o lo grotesco. Amaba a Baroja, no tragaba a Valle Inclán. Le gustaba la naturalidad. Ella misma —a pesar de esos excesos o aparentes muestras de extravagancia que he mencionado— era natural, sencilla y muy fácil en el trato. Acogía a todo el mundo con una sonrisa.

Siempre se quitó importancia a sí misma. Y a su trabajo. Confesaba que tardaba poco en pintar sus cuadros, porque era verdad, pero también era verdad que pintaba durante muchas horas al día y con mucha energía. Tenía mucha fuerza y mucho temperamento para todo, también pintando. Sabía muy bien lo que quería. Cuando empezaba los cuadros con la mancha, era impresionante oír el traqueteo del cuadro sobre el caballete, de tanta energía como le metía. Por distinta y contundente que fuera la pintura de mi padre, creo que nunca le vimos dar pinceladas con semejante brío.

Le gustaba el reconocimiento, pero a causa de su modestia y de su humildad, siempre le costó aceptar que sus cuadros valieran dinero. Además, con su proverbial timidez, la relación con los clientes le resultaba insoportablemente embarazosa. Mi padre procuraba no dejar a mi madre sola con los clientes en el estudio. Sabía que era peligroso. Si el cliente regateaba, mi madre aceptaba los descuentos e incluso sugería más. Si había cuadros que no estaban a la venta, el cliente acababa saliendo con uno de ellos. Y en las galerías pasaba algo parecido. Nunca supo venderse, ni darse importancia. Recuerdo a un cliente de la galería Biosca al que le gustaba un cuadro en concreto. Mi madre estaba a su lado observando la obra. De repente estalló en una de sus

carcajadas. El motivo era lo mal que le había salido la señora que esperaba en la parada de autobús, tan rechoncha y cabezona, y mi madre no podía dejar de reír, mientras el cliente la observaba tan divertido como perplejo.

Sí, mi madre odiaba las separaciones. Cuando ya estaba enferma, y también antes, llevaba muy mal el momento en que nos marchábamos. “¿Te vas ya?”, “¿os marcháis ya?”, “¿pero qué vais a hacer en vuestra casa tan pronto?”. En los últimos días estuvo inmersa en una nube a la que sólo ella tenía acceso. Pero de vez en cuando todavía cruzaba la mirada con nosotros y nos dirigía alguna frase breve, resortes verbales ya muy trillados en su cerebro. Las últimas palabras que me dijo fueron: “¿te vas ya?”. En realidad me las dijo muchas veces, cada vez que me acercaba a su cama. Yo le cogía la mano y me sentaba a su lado, para que viera que no me marchaba. Por suerte no fue consciente de esta despedida, ni en los últimos días, ni tampoco en los últimos meses. El destino fue generoso con ella y le libró del último adiós, ella que siempre se rebeló contra todos los adioses. O quizá no fue el destino, quizá fue una especie de sabiduría natural del cuerpo, del alma, de lo que sea, la que le protegió.

